

# IRIS



NUM. 162

BARCELONA, 14 JUNIO 1902

Ayuntamiento de Madrid

25 CENTS.





Entre mil retazos de historias y leyendas, amargas las unas como la realidad que vivimos, alegres y doradas las otras como la vida que soñamos, leyendas é historias que se confunden en el cajón de sastre de la memoria como girones del pasado que aun sangran y viven, he encontrado el recuerdo de su historia, de su vida; una vida que es aquí cuento soñado; un cuento que puede ser en mil cosas realidad vivida y llorada.

Para trazar á pluma su retrato fuera necesaria la pluma del lírico Catulo Mendes; para copiarlo en el lienzo fuera menester el pincel de Juan Antonio Benlliure, el pintor de las mujeres bonitas. No eran las hojas de los jazmines más blancas que su piel, ni más negros que sus cabellos los cendales de la noche, ni el andar de la alondra más gracioso que sus andares menuditos, ni más suave que su aliento el perfume de las violetas. ¿Has leído, lector, un cuento de hadas? ¿Recuerdas el retrato de cualquier hada de cualquier cuento de algún encantador poeta? Pues fingela así: sueña su cuerpo como escultura de carne tibia y palpitante; pon en su rostro los claveles y las rosas de una primavera espléndida; da á su epidermis finura de terciopelo, y á sus labios carmín de cerezas, y á sus manos blancuras de leche; coloca en sus ojos, por miradas, auroras del sol de nuestra tierra; infunde en su cuerpo el alma apasionada y exuberante de las mujeres andaluzas... ¿Soñaste el prodigio? Pues, te juro, lector, que era más linda el hada de mi cuento que toda esa ficción de tus sentidos.

Se llamaba *Eva*, como pudo llamarse Ofelia ó pudo llamarse Rosa. El nombre no importa nada. ¿Quién se mete á buscar á las hadas, buenas ó malas, partidas de bautismo? Aunque se pretendiera buscarla en este caso, nada ó poco se lograría, porque nadie, ni ella misma, sabía donde nació, ni cuando, ni como, ni quienes eran sus padres, si los tuvo. Su pasado era un misterio, una nebulosa social, sin duda formada con nieblas de miseria y de deshonra.

Había nacido como las flores silvestres entre los jarales del monte, y como los flores nació, sin una mano amiga que enderezara su tallo y limpiara sus raíces de insectos destructores. Vivía como los pájaros, libre y cantando, picando aquí y allá, viviendo de lo que le daban. Cuando pudo darse cuenta de que vivía, era ya la mujer incipiente, toda moribidez y belleza, asediada por los zánganos como la miel de las colmenas; era la escultura de carne, con aurora de sol en las cuencas de los ojos y chispazos de fuego en el alma apasionada, una tentación poderosa, encarnada en un cuerpo de virgen, tentación que se desbordaba de continuo en los relámpagos de las miradas.

Los que la conocían, la conocieron, como yo, en Recoletos ó en la Castellana, vendiendo flores, violetas en primavera, claveles en verano y nardos en otoño. Apareció allí «un día», con su cestilla de flores ó sus varas de nardos, y llamó la atención de todos. Era la más linda, la más vivarachita y la más graciosas de las floristas, y á poco de llegar conquistó con su gracia y su belleza á toda la parroquia; las otras tuvieron que dejarle libre el campo de Recoletos. Viejos y jóvenes compraron sus flores, requiebrazaron su gracia y codiciaron su hermosura. Ella aceptaba las monedas de todos, agotaba sus flores, reía como loca, bromeaba inocentemente, y cuando escuchaba algo que á ella le parecía de dudosa intención escapaba como un pájaro, continuando su peregrinación alegre.

Y así libre y cantando, entre claveles y nardos, sin penas ni amores, pura como la luz de los cielos inocente como los pensamientos de los niños, corrió por el mundo sin norte ni guía, como vuelan los pájaros por la extensión sin límites, desafiando los mil peligros que ofrece á la mujer el hervidero de la vida inquieta...



Peregrinando, peregrinando, corriendo entre zarzas, salvando peligros, Eva tropezó un día; no supo en su inocencia defenderse en la caída, y le robaron su pureza. No sé si fué el ladrón algún rendido trovador, que enamoró á la chiquilla con la ambrosía de sus rimas; algún soberbio príncipe que deslumbrara á la moza con sus preseas, ó algún valiente guerrero, que conquistó su corazón con la gloria de sus proezas. Pero, fuera príncipe ó viejo verde, ello es que el capullo perdió los perfumes de su inocencia y que al abrirse la flor prematuramente, desbordáronse del alma de la chiquilla torrentes de pasión, mal contenida hasta entonces por el pobre dique de un candor que se pierde al menor soplo del vicio.

Como la otra, Eva fué arrojada del Paraíso. La niña candorosa que encantaba con su carita de angel, la virgen pura como los rayos del sol, fué entonces Mesalina del arroyo, carne en venta, dispuesta para la satisfacción de todos los caprichos. Mimáronla los hombres como antes, compraron sus gracias como compraron sus flores, y la vida fué pródiga para Eva en dichas efímeras. Los que la vieron á pie en la Castellana, vendiendo sus nardos, la vieron después en coche por el centro del paseo, con joyas

deslumbradoras y trajes

de raso. Sin embargo,

Eva siguió siendo «por

dentro» buena y dulce;

su alma, abierta á todos

los sentimientos nobles

y generosos, sencilla y

caritativa, parecía ha-

berse librado de las sal-

picaduras del fango.

He oído yo contar á un sabio, si no lo he soñado, que cada persona va acompañada en los eriales del mundo por un angel y un demonio: un demonio, que incita al pecado para perder las almas y llevarlas á los dominios del infierno, y un angel, que induce al arrepentimiento y enseña el buen camino, para llevarla á la región de la eterna bienaventuranza. La vida es una guerra sin tregua entre el angel y el demonio. Si el demonio de las pasiones vence al angel del arrepentimiento, claro es que el alma, arrastrada por el vicio, se pierde sin remedio. Pues ocurrió á Eva que el demonio venció en la pelea, á pesar de los sanos consejos del ángel, y desde aquel triste día en que un miserable le robó su pureza, la pobre Eva fué una pecadora sin enmienda.

Vencido y todo, el angel juró por la pureza de sus alas que no había de salirse el demonio con su propósito de ganar para el infierno aquel alma, que en el fondo seguía siendo buena y cándida. Y desde el punto y hora en que ocurrió la derrota, el angel no dejó de la mano el alma de Eva, extraviada más que por la propia maldad por la maldad ajena, que la privó desde la cuna de todos los amores y de todas las dulzuras. Con más constancia y más empeño que antes la acompañó en todas sus males andanzas, siempre predicándola, inclinándola á un arrepentimiento siempre que caía en un pecado, animado por el santo propósito de salvarla, sin experimentar la más leve irritación al ver la inutilidad de sus consejos para apartar á la triste pecadora de la senda del pecado.

Y el diablo erre que erre en la desdichada obra de perdición, el angel en su labor redentora y el alma de Eva sufriendo la batalla sin tregua, allí siguieron por el mundo angel, demonio y alma la triste peregrinación, cruzando lupanares y salvando ciénagas...

Andando el tiempo, la primavera perdió sus arbores y las hojas de la rosa cayeron marchitas por el fuego dañoso de los besos del vicio. Quiere decir esto que Eva perdió la hermosura y la salud en su misma vida de pecadora. La escultura de carne cayó sin vida en un lecho de hojas secas; el hielo de la muerte, que empezaba á bullir en la sangre sin vigor, apagó las auroras de luz de sus ojos y robó el carmin de cerezas á sus labios y arrojó sobre sus cabellos negros, más negros que los cenicales de la noche, un puñado de hilillos blancos, más blancos que su cara de tísica... Una tarde de otoño murió la





flor silvestre. El último suspiro de Eva se confundió dulcemente con el rumor de las hojas amarillas que arrastraba el viento. El último deseo de Eva fué mirar su rostro en un espejo; y al ver los labios exagües y los hilillos blancos del cabello, Eva, como la pecadora de no sé qué cuento, mandó á sus doncellas que tifieran de carmín sus labios sin color y de negro los hilos de plata esparcidos en las trenzas. Una doncella preguntó la razón de aquel capricho, y Eva, dulce y cándida, contestó:

—¿No sabes lo que ha dicho el señor cura? Que tengo que comparecer ante Dios. Y ya que voy no quiero que el buen Dios me mire tan fea, cuando tan bonita me vieron los malos hombres...

Fiel á sus compromisos, el angel de Eva no se separó un momento del lado de la pecadora. Cuando el diablo, ahuyentado por la santa confesión de Eva, por su sincero arrepentimiento y por aquellos fuertes besos que daba al crucifijo que le presentaba el cura, escapó de su lado, el angel, solo en el supremo momento de la agonía, aprovechó la ocasión para terminar su obra. Y al morir Eva, el angel, libre de enemigo que le disputara la presa, cargó con el alma y dirigióse camino de la gloria, siguiendo la dirección marcada por un cárdeno rayo del sol poniente...

Cuando se abrió ante el angel la puerta de los cielos, viéndole acompañado por alma tan impura y tan cargada de pecados, no pudo el santo portero contener su furia. Sobre el angel cayeron los más terribles dictérios.

—¡Cómo se entiende!... ¡Traer aquí semejante carga de inmundicias! ¡Ni que fuera la gloria muladar! ¡Largo de aquí! ¡A los infiernos!

—¡Señor, perdónala! Ha sufrido mucho y se ha arrepentido como una santa. Su mano ha sido caritativa y generosa; su corazón ha temido á Dios; su piedad apartó de la perdición á muchas almas...

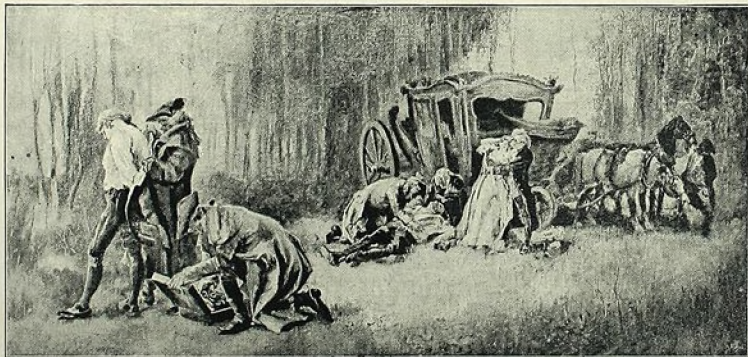
El pobre angel no supo decir más para vencer la resistencia del viejo guardián de los cielos, que continuaba sus improperios á voces y se obstinaba en cerrar la puerta. Y ya iba á retirarse avergonzado y lloroso, cuando asomó en la puerta, tras la calva venerable del iracundo San Pedro, el rostro placentero del buen Dios, en medio de su aureola de gloria. Cobró ánimos el angel en presencia del Padre Eterno, y haciendo el último esfuerzo para salvar el alma arrepentida de Eva, exclamó compungido:

—Señor: ha sido una gran pecadora; pero merece tu misericordia inagotable. Hicieronla mala los hombres; todos la empujaron; todo: cerraron su camino con trampas y redes; nadie la auxilió en el mundo, ni evitó con consejos su caída. Y ha sido, sin embargo, temerosa de tu poder y caritativa y generosa, cuando ni siquiera tuvo madre que la calentara con sus besos.

El buen Dios, al escuchar el último argumento, abrió de par en par la puerta de los cielos y dijo al celoso guardián de su gloria:

—Déjala, Pedro, que su arrepentimiento es grande y que no es suya la culpa. ¡Ya es bastante castigo para su delito no haber recibido nunca los besos de su madre!...

LEÓN ROCH



—¡YA ES TARDE! cuadro de Pike



Cecilio Aldin: LOS LEBRELES Y LA LIEBRE

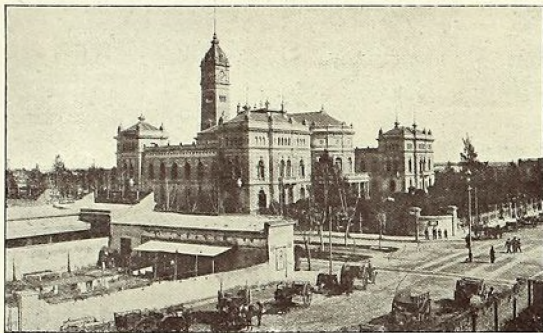


## LA PLATA

La construcción de esta monumental y gigantesca ciudad es uno de los fenómenos sociológicos más extraordinarios del siglo XIX.

Al concebir en 1882 el singular proyecto de reemplazar la capitalidad de la provincia de Buenos

Aires por otra que no fuese la ciudad de este nombre, los que tal pensamiento tuvieron hubieran podido elegir algún nuevo centro ya próspero, por ejemplo, Chivilcoy, pero no fué así: quisieron de golpe y porrazo crear una magnífica y completa capital, como Luis XIV creó Versalles, y para ello la emplazaron en plena pampa, en medio de un desierto. A hora y media, en ferrocarril, de la capital federal.



MUNICIPALIDAD DE LA PLATA

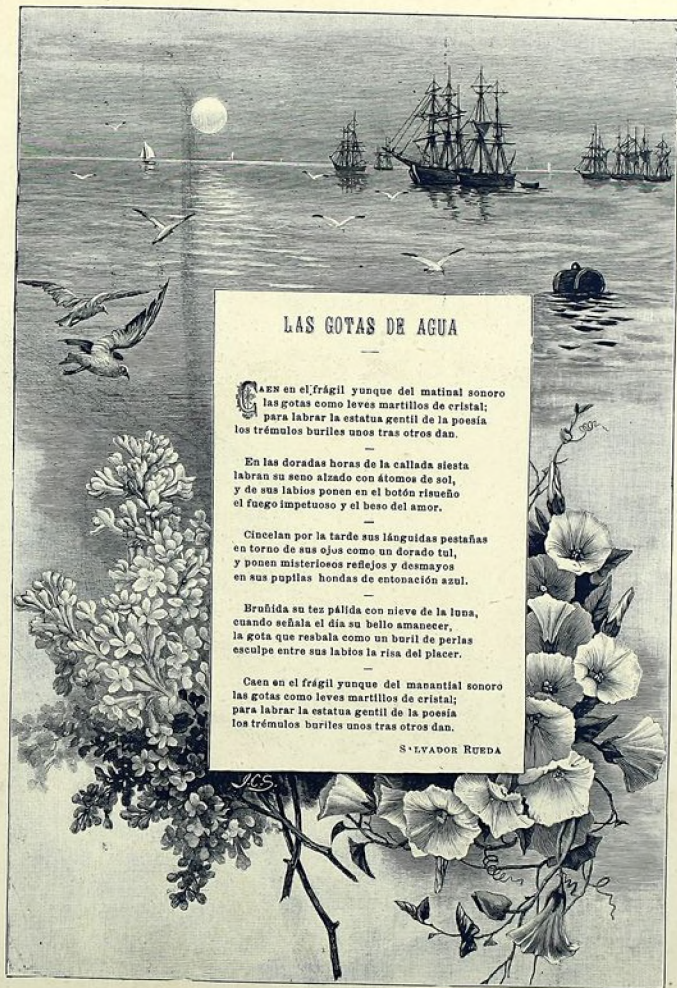
viembre de 1882; tres años después, contaba la nueva ciudad, 26,000 habitantes; en 1887, 50,000; en 1890, cerca de 100,000, italianos y argentinos casi en igual proporción.

La ciudad está dividida en cuadrados y estrellas; las calles son anchas, las avenidas soberbias, inmensos los bulevares; por doquier tranvías, y por doquier suntuosos palacios rodeados de jardines, arcos de triunfo, fuentes, etc., etc.

Allí el palacio del Gobierno de la Provincia, los ministerios de Instrucción Pública, Interior y Hacienda; allí el Banco de la Provincia, el Hipotecario, la Prefectura de Policía, la Dirección de Obras Públicas, la de las Escuelas, Cámara de Diputados, Senado, Teatro, Tribunales, Observatorio, Museos; allí una Catedral colosal, un palacio de los bomberos, revelándose en todo la idea de tener cuanto produce Europa de más nuevo y de más perfecto. A nueve kilómetros se halla el puerto llamado de la Ensenada, sobre el río de la Plata y junto a la desembocadura del Santia- go; está puesto en comunicación con la Plata por medio de un tranvía y se halla surcado por numerosos canales que le dan el aspecto de un puerto holandés, á lo cual renne la circunstancia de ser mucho más seguro que el de Buenos Aires. Este puerto, comenzado en 1884, ha costado 18 millones de dollars, oro.



LEGISLATURA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (LA PLATA)



### LAS GOTAS DE AGUA

**C**AEEN en el frágil yunque del matinal sonoro  
las gotas como leves martillos de cristal;  
para labrar la estatua gentil de la poesía  
los trémulos buriles unos tras otros dan.

En las doradas horas de la callada siesta  
labran su seno alzado con átomos de sol,  
y de sus labios ponen en el botón risueño  
el fuego impetuoso y el beso del amor.

Cincelan por la tarde sus lánguidas pestañas  
en torno de sus ojos como un dorado tel,  
y ponen misteriosos reflejos y desmayos  
en sus pupilas hondas de entonación azul.

Brubida su tez pálida con nieve de la luna,  
cuando señala el día su bello amanecer,  
la gota que resbala como un buril de perlas  
esculpe entre sus labios la risa del placer.

Caen en el frágil yunque del manantial sonoro  
las gotas como leves martillos de cristal;  
para labrar la estatua gentil de la poesía  
los trémulos buriles unos tras otros dan.

SALVADOR RUEDA





R. Haugh: EL REGRESO

Ayuntamiento de Madrid





# EN LA NOVENA?

No vayan ustedes á figurarse que se trata de los cultos á la Virgen tal ó al Santo cual. La uovena aludida es la novena grada de la Plaza de Toros de Madrid.

Siempre que mi amigo Joaquinito Piltráfex había presenciado el espectáculo taurino en la expresada localidad, había tenido la suerte de que le tocase alguna vecina de asiento verdaderamente sugestiva y conmovedora de esas que distraen con su hermosura y no dejan prestar á los lanceros de la fiesta la debida atención. Animado por la suerte de Piltráfex fui á la última corrida. Penetré en la novena grada y en vano miré en derredor mío: no había una sola mujer que valiera tres rábanos. En cambio había junto á mí una señora mayor lo más ridícula que puede imaginarse. Pelo escaso, pero estropajoso y blancuzco, debajo de una mantilla blanca que parecía un visillo desprendido de un balcón y caído casualmente sobre aquella cabeza de Medusa; ojos con ribete cardenalicio y goteo perpétuo; mejillas policromas; dentadura desvanecida; cutis de arpillera y flores cordiales encima de la frente y en el sitio donde acostumbran los seres humanos á tener el pecho. Tales eran las cualidades de mi vecina, unidas á un sistema nervioso tan levantisco y alterado que no dejó de obligarla á darme involuntarios codazos y pisotones durante toda la corrida.

Resignado ante tan espantosa vecindad y en mi manía de verlo todo por su lado mejor, pensé que junto á semejante esperpento, no perdería un detalle de la lidia y podría dedicar toda mi atención á una fiesta que tanto entusiasmo me inspira.

¡Pero cuán fácil es engañarse en este pícaro mundo! ¿Ustedes creen que aquella señora dejó de molestarme ni por un momento? Pues no; y para probarlo copio á continuación parte del interrogatorio á que tuvo á bien someterme.

- Caballero ¿quién es aquel torero del traje azul?
- Bombita, señora.
- ¿Pues no le habían cortado una pierna?
- Que yo sepa no le han cortado nada.
- ¡Ah, sí! Es verdad. Ahora recuerdo que á quien se la cortaron fué al Tato. Usted dispense.
- No hay de qué.
- Caballero ¿van á picar á todos los toros?
- Sí se dejan, sí, señora.
- ¿Y qué hacen con los caballos muertos?
- Baules y chorizos.
- ¿Pero no vuelven á servir para otra corrida?
- Generalmente no.
- ¿Y cómo andan los infelices con las tripas fuera?
- Bastante disgustados presumo yo que andarán.
- ¡Pobrecillos! Son sin culpa ninguna los que más sufren en este espectáculo salvaje.
- ¡Hay quien sufre más sin estar tan cerca del toro!—dije refiriéndome á mi humilde persona.
- ¡Me dán una lástima! Y es que yo tengo pasión por los



animales. Allá en Valdelachufa, donde tiene usted una choza, se me murió un potro hace dos meses y todas las mañanas de nueve á doce le lloro y le rezo como si se tratara de un pariente.

—Pues reciba usted mi más sentido pésame.  
—Gracias, caballero.



—¡Ay!!  
—¿Qué es eso, señora?  
—Que creí que le cogía... ¡Vaya un susto! ¿Quién es ese de lo verde?

—El Patat-rillo.  
—¿Y sabe usted cuánto gana?  
—No, señora.  
—¡Pobre! Puede que le den un par de pesetas...

—¡Ay!!!—(Esta vez al grito acompaña un pellizco que me hace saltar).

—¡Señora, por Dios!

—¿Pero no ha visto usted? Otra vez el toro tras del mismo. ¿Le habrá tomado tierra? ¿Se la habrá tomado?

—¡Señora, no lo veo desde aquí!

—Diga usted ¿pueden subir los toros hasta la grada?

—Sí, señora; pero no acostumbran...

—La verdad es que yo no debería venir á estas cosas.

—¡Tiene usted razón!

—A esto no vienen más que cafres.

—Mil gracias.

—Si no fuera por la pícara curiosidad... Claro, como en Valdelachufa hay pocos aficionados á toros... Mi marido es uno de ellos.

—¿De cuales?

—De los aficionados. Solamente logramos que echen novillos para el Cristo. Por eso hay que aprovechar las fiestas para venir á ver toros formales.

—¿Los de Valdelachufa no tienen formalidad?

—¡Qué guassón es usted!

—¿Qué está haciendo aquel torero que mira á los palcos?

—Está brindando.

—¿Y qué dice?

—¡Señora, yo que sé?

—¿Quién es?



—Machaquito.

—¿Por qué le llaman así?

—Quizá porque de pequeño machacaría. También hay personas mayores que no dejan de machacar.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Tres ayes y tres pellizcos).

—¡Señora, por Cristo padre! Serénese usted.

—¡Ahora sí que le ha matado! ¿Vé usted? Le llevan á la enfermería... Allí le cosen ¿verdad? ¿Dónde tiene la herida?

—No se la vco, señora, Probablemente será en la región glútea.

—¿En qué región?





—En la región del demonio que le aguante á usted más. Yo me voy á otra parte... á un burladero... al tejado... al infierno...

—¡Qué poco amable es usted!

—¡Y usted qué impertinente!

—Muchas gracias.

—¿Por qué no se ha quedado usted en Valdelachufa?

—Porque no le ha dado la gana; ni á mí tampoco,—gritó, poniéndose en pie, un caballero tan ridículo como la espectadora y colindante con ella.

Y en medio de una algaraza espantosa, en la que tomaron parte todos los concurrentes á la novena, el caballero exasperado, demostrando tener una constitución hercúlea, me agarró por el cogote y me sacudió tres achuchones monumentales.

Las subsiguientes bofetadas con que yo le obsequié se oyeron en Valdelachufa.

Y coreados por la rechifla general salimos al corredor hechos una pelota.

—Ya habrá usted comprendido,—me dijo allí el forastero,—que yo soy el esposo de esta señora.

—¿Y por qué no le ha hecho á usted las dos mil preguntas que me ha hecho á mí?

—Porque soy completamente sordo

No quise perder más tiempo. Volví á mi localidad y el matrimonio cerril se fué de la plaza, de cuya grada novena conservaré siempre recuerdos horribles.

Cuando, de regreso de la corrida, me dirigía medio atolondrado á casa de Piltráñez, del abonado á la famosa grada, para ponerle verde por infundioso, me encontré á un tal Don Pascasio Bonetillo, hombre beato si los hay.

—¿A dónde se vá?—le pregunté maquinalmente.

—A la novena—me respondió.

—Pues tenga usted cuidado, porque allí sacuden,—le dije yo, siguiendo mi camino y dejando al buen señor con la mano abierta y el rosario en la boca, ó viceversa.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



## UN BUEN PARTIDO

Fué preciso romper, y rompieron.

Dña Rosa, la madre de Mercedes, se mostró inexorable, inflexible, casi inhumana, y obligó á su pobre hija á plantar en la calle á su amado Enrique, sin otro fundamento, sin más razones que el dicho de los vecinos del segundo.

Según estos, Enrique era lo que se llama «una mala cabeza». Su bufete apenas si le producía para mal comer. Era un abogado sin pleitos, no por falta de talento, sino por sobra de pereza y de abandono.

Además tenía la peor condición que puede tener un hombre: era jugador; pero jugador empedernido, incorregible, de esos que no salen nunca del garito, y lo abandonan todo para no pensar más que en los pares ó los impares, en el rojo ó en el negro, en la *pasa* ó la *falta*.

Enrique, pues, no podía convenir por ningún concepto á una muchacha honrada, á una mujer de su casa, sin más patrimonio que su educación y sus bondades.

Todo esto, dicho á cuatro voces, y repetido hasta la saciedad por D. Plácido, el vecino del segundo, Doña Remedios, su esposa y sus hijas Clara y Rufina, movieron á Doña Rosa á cortar por lo sano aquellas relaciones, sin parar mientes en que Mercedes y Enrique se amaban de veras, con pasión loca, con amor inmenso.

Ni lloros, ni súplicas, ni caricias, ni protestas; nada en fin, logró torcer aquella voluntad de hierro y las relaciones se rompieron, y una noche dejó Enrique aquella casa: pero antes de marcharse se impo-  
nía una explicación y la hubo clara, terminante, precisa.

—Señora,—dijo Enrique con voz firme, no exenta, sin embargo, de cierta amargura:—Mercedes acaba de notificarme la resolución de usted que yo acato y respeto sin discurrir.

—Muchas gracias,—contestó secamente Doña Rosa.

—No obstante; como todo lo que se me imputa es falso; si llega un día en que usted se convenza de ello, ¿me concederá la mano de Mercedes?

—Si ese día llega, encontrará usted aquí el cariño de una esposa y el de una madre.

No fué necesario hablar más, y Enrique tomó la puerta, no sin decir antes á su amada:

—Oigas lo que oigas, veas lo que veas, nada te importe. Piensa que yo te amo y que te amaré siempre.

Y él bajó las escaleras triste, muy triste; pensando solo en confundir á aquellos miserables calumniadores, causa de sus desdichas, y ella quedó allí arriba más triste aun, temiendo que Enrique pereciera en la lucha y con él murieran para siempre su felicidad y su ventura.

Enrique formó su plan de campaña y se aprestó á la lucha, comenzando por meterse en el campo enemigo, único medio de asegurar el triunfo.

Esta conducta causaría honda extrañeza primero, profundo dolor más tarde á la elegida de su corazón: aquella alma pura sufriría en silencio, lloraría amargamente donde nadie la viera; los celos morderían en su pecho, la desesperación haría presa en su espíritu, pero era preciso obrar así para que los mismos calumniadores deshicieran la calumnia, los mismos que le rebajaron lo ensalzaran, los mismos que le habían separado de su amada, lo empujaran hacia ella juntándolos para siempre.

Trazado el plan y decidido á realizarlo sin vacilaciones y sin miedo, presentóse Enrique en casa de aquellos amables vecinos, causa de sus desventuras.

La visita fué afectuosa en extremo por una y por otra parte; y como era consiguiente se habló mucho del proceder de Doña Rosa, á quien nadie dudó en calificar de orgullosa y encopetada, de fátua y ridícula. Lo que aquella señora había hecho sólo desprecio merecía; y no merecía menos la pasividad, la obediencia ciega de su hija, indistinguible de su desamor y de su egoísmo.

—La verdad es,—exclamó Enrique con sentido acento,—que no pude y sospechar que se me tratara de tal manera.

—Y, sobre todo, sin fundamento;—objetó D. Plácido.

—No haga usted caso,—añadió Doña Remedios.—Cuando una puerta se cierra, ciento se abren.

—También es verdad, señora; pero que un hombre como yo se vea tratado cual si fuera un perdido...

—Tiene usted razón;—afirmó D. Plácido.—Porque es lo que yo digo: Un chico de carrera, bien educado, formal, correcto y digno; ¡qué más quieren!

—No digas eso, papá;—exclamó Rufina.—¡Si todo le parece poco!

—Pues hija,—añadió Clarita,—muchas se darían por satisfechas con un hombre como Enrique!

—¿Lo cree usted así?—preguntó el aludido mirando fijamente á su interlocutora.

—Sí, señor,—murmuró ella bajando los ojos ruborizada.

Sobre todo, hay que ser justos;—dijo D.<sup>a</sup> Remedios, acudiendo en auxilio de su hija.—Si un hombre como usted me pidiera una de mis niñas, se la daría sin vacilar: lo demás son tonterías.

—¡Señora; por Dios!

—Nada, nada: la verdad por delante...





Terminó la visita, y Enrique salió de aquella casa, asombrado de tanta perfidia; pero, firme en su propósito, á ella tornó una y otra vez, acabando por frecuentarla casi á diario.

Invariablemente, la conversación recaía sobre el mismo tema y Enrique se dejaba querer y hasta se insinuaba con mucha frecuencia, pero sin entregarse por completo, unas veces con Clara y otras con Rufina, dejando entender que ambas le agradaban y no sabía por cual de las dos decidirse. Esta indecisión traía mareadas á las niñas y era causa de serios disgustos, porque cada una de ellas creíase superior á la otra para merecer las deferencias, las distinciones y las solicitudes de Enrique. A los padres, en cambio, les era igual que Enrique se decidiera por una que por otra; les era lo mismo que venciara Clara ó que triunfara Rufina: lo que importaba era cogerle y casarlo con una de ellas, fuese la que fuere.

Mientras tanto pasaba el tiempo: el vecindario todo fué enterándose de lo que sucedía, y comenzaron los cuentos, los comentarios, las habladurías, y D.<sup>a</sup> Rosa y Mercedes quedaron al corriente de



aquellas visitas, de aquella amistad tan bien cultivada, tan firme, tan franca.

Doña Rosa sonrió, miró á su hija y no pudo reprimir un gesto de lástima: Mercedes padecía, inclinó la frente y corrió á su cuarto á llorar tan pérdida conducta, proceder tan villano, engaño tan infame.

Lloró y suspiró la congojada joven, creyendo perdida su felicidad, muerta su ventura, traicionado su amor; y aun gozabase su corazón herido en recordar la dulce historia de aquellos amotes en cuyo fuego se abrasó su espíritu y se encendió su alma: pero tranquilizose al fin, y de su honda pena, de su dolor profundo, inmenso, brotó un rayo de luz, un destello de esperanza, al recordar las últimas palabras de su amante: —Oigas lo que oigas y veas lo que veas, nada te importe. Piensa que le amo y que te amaré siempre.

Enrique, pues, no podía haberla olvidado; Enrique no podía amar á otra; Enrique le amaba á ella y la amaría eternamente.

Y la fe renació en aquella alma sencilla y dulce, alentando y fortaleciendo el decaído espíritu que halló fuerzas para sostenerse hasta el día de la prueba, hasta el momento decisivo...

Eran los días de D.<sup>a</sup> Rosa y á felicitarla subieron los del segundo acompañados de Enrique, cuya presencia en aquella casa fué preciso explicar con claridad y con franqueza.

Enrique podía ya ser recibido en todas partes; su conducta le abonaba, su honradez, su laboriosidad, su educación, su vida ejemplar, en fin, hacíanle acreedor, al respeto, al aprecio y á la estimación de todos. Enrique no era ya el mismo: estaba cambiado. Enrique era otro hombre.

Enrique, en fin, se había regenerado.

—En resumen,—exclamó D.<sup>a</sup> Remedios, dominando la situación sonriente:—Enrique, y no es porque esté él delante, es hoy, por todos conceptos, lo que se llama *un buen partido*.

—Ya lo oye usted, señora:—objetó el joven medio riendo, y como D.<sup>a</sup> Rosa, asombrada, guardara silencio, añadió mirándola fijamente:

—¿Está usted convencida?

—Del todo: el testimonio de estos buenos amigos, no admite duda.

—Entonces, tengo el honor de pedirla la mano de Mercedes, y espero que me cumpla usted su palabra. —Con mucho gusto, Enrique: aquí tiene usted el carifio de una esposa y el de una madre.

Estas palabras fueron toda una revelación para aquellas gentes: ¡Enrique, se había burlado de ellos! Y mientras el joven corría junto á su amada y uno y otro sonreían alegres y felices, acariciados por la dulce mirada de la bondadosa madre, ellos, confundidos y avergonzados, bajaron al suelo los ojos con rabia en el corazón y despecho en el alma.

PEDRO BONET ALCANTARILLA



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 24.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Medericó, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

\*La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar, (ilustrada) por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

## AMOROSAS

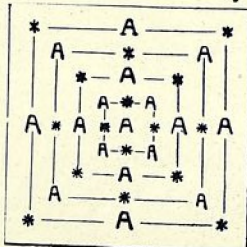
En un jardín delicioso  
confundida entre las flores  
la niña de mis amores  
leyendo mi carta está.  
Con interés va leyendo;  
mientras su seno turgente  
a aquel delicioso amante  
amantes suspiros dá.  
Ya la carta terminando,  
el sol dulcemente muere...  
y se pregunta dudando:  
¿será verdad que me quiere?

Pasa el tiempo; y en el fuego  
de nuestras puras pasiones  
arden vuestros corazones  
con anhelante fulgor.  
Hoy que mi pecho recibe  
los suspiros que tú dabas  
al aura, cuando dudabas  
de la verdad de mi amor...  
Cuando en tu jardín dichosa  
vas al sol que dulce muere...  
no preguntarás ansiosa  
¿será verdad que me quiere?

ENRIQUE AROLAS.

En el mundo de los callos  
brilla ufano en el zenit  
el sublime callicida  
del doctor LADIVONSIM.

## CUADRO MAGICO



Sustituidos los asteriscos por letras léase en líneas horizontales y verticales:

- 1.ª Adverbio.
- 2.ª Indicativo, tercera persona, singular.
- 3.ª Hijo de Noé.
- 4.ª Altar en que se ofrecen sacrificios.
- 5.ª Arsenal.
- 6.ª Apellido.
- 7.ª Conjunto de aguas.
- 8.ª Cifra de que usan los médicos en sus recetas.
- 9.ª Artículo.

## NOVEAJEQUE.

Las soluciones en el próximo número

## LAS CASAS DE ALGUNOS PUEBLOS DE ESPAÑA, por Novejarque

- CASA +
- 1.—De este nombre hay 4 aldeas en Coruña, 5 lugares en Orense y 17 en Pontevedra.
- CASA ++
- 2.—Aldea en el ayuntamiento de Vilmanzo (Coruña).
- CASA +++
- 3.—Villa con ayuntamiento, partido judicial de Estepona, provincia y diócesis de Málaga.
- CASA ++++
- 4.—Lugar en el ayuntamiento de Peñaranda de Duero (Burgos).
- CASA +++++
- 5.—Lugar con ayuntamiento, partido judicial de Burgo de Osma, provincia de Soria.
- CASA ++++++
- 6.—Villa con ayuntamiento, partido judicial de Naval Moral de la Mata, provincia de Océana, diócesis de Plasencia.
- CASA +++++++
- 7.—Lugar en el ayuntamiento de Avión (Orense).
- CASA ++++++++
- 8.—Villa con ayuntamiento, partido judicial de Alora, provincia y diócesis de Málaga.
- CASA ++++++++
- 9.—Lugar en el ayuntamiento de Burón (León).
- CASA ++++++
- 10.—Lugar en el ayuntamiento de Piñor (Orense).
- CASA ++++++
- 11.—Villa con ayuntamiento, partido judicial de Estepa, provincia y diócesis de Sevilla.
- CASA +++++
- 12.—Lugar con ayuntamiento, partido judicial, provincia y diócesis de Avila.
- CASA +++++
- 13.—Nombre común a tres lugares de la provincia de Orense.
- CASA ++
- 14.—Rio de la provincia de Orense.
- CASA +
- 15.—Lugar en el ayuntamiento de Gausachs (Lérida).

## SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior

Acrostico pictórico.

I M P A R  
N O R T E  
G L O B O  
R A Y A S  
E S T I O  
S I G N O

Frase gráfica.—Estar uno al cabo de la calle.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

E. A.—Toledo.—Forzosamente debió consistir el error en un cambio de iniciales, pues tengo entregados para su publicación *Ati y Amorosas*.

S. A.—Lérida.—Recibido su envío, que examinaré en cuanto tenga un rato libre.

J. B. M.—El soneto está muy bien; pero *La poesía del mar* no lo acaba de estar.

R. H. M.—Tarragona.—Oreguim: *tu sa millor i català*. Cuando escribe usted en castellano peca usted a cada momento contra la gramática y contra la propiedad de las palabras, como le demostraré a usted cualquiera que entienda en esas cosas.

M. G.—Sevilla.—Lo mismo el asunto que el lenguaje son más propios para una poesía que para un artículo en prosa.

J. R. B. D.—Valencia.—Bonito soneto, pero con el defecto de recordar demasiado a otros. B. P.—Barcelona.—Su cuento adolece del enervante defecto de revelar mucha inesperienza, dulce compañía de la juventud.

A. O.—Lérida.—El retrato abunda en imágenes bastante gastadas y tiene alguno que otro verso cojo; por ejemplo: *dulce y heroso como es la gloria*. Sin embargo, se ve inspiración y buen gusto.

S. O.—Barcelona.—Sin duda debió extrañarse el artículo a que se refiere, pues no recuerdo haberlo visto.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSERTESE Ó NO, NO SE DUELVEN NINGÚN ORIGINAL  
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



TUNEZ.



INFANTERIA: SOLDADO